

das á los proyectistas vulgares. Así la historia de su hijo D. Fernando nos dice cómo no solamente dibujaba Colón á maravilla; tenía letra tal, que pudo ganarse la vida escribiendo y copiando. En sus confidencias aseguraba que todo buen cosmógrafo había de ser buen pintor, y lo era él en mapas y globos y cartas, donde campeaban todas suertes de figuras, excelentísimo y eximio. Muchos de sus escritos huelen que trascienden á místico incienso, al lado de otros que creeríais facturas. Jamás escribía una carta ó un capítulo cualquiera sin poner á la cabeza esta invocación religiosa: *Jesus cum Maria sit nobis in via*. Privaban en él juntamente con los estudios de Teología los estudios astronómicos y geométricos. Así podía enseñar matemáticas, por su inteligencia con todos los progresos de su tiempo sumadas, y recitar las horas y oficios canónicos cual un clérigo en el coro. Era un místico y un mercader, ya lo he dicho, un profeta y un algebrista. Si muchas veces envolvió en cábalas sus estudios, y degeneraron en irritaciones pueriles sus magnos esfuerzos, fué porque su tiempo lo desconoció y lo maltrató durante varios lustros, desde su juventud hasta su entrada en la vejez, sin acordarnos de los sinsabores que obscurecieron y amargaron sus últimos años. ¿Quién le hubiera dicho á tanto ciego como le rodeaba, que allí, en aquel siglo de lumbreras inextinguibles, el nombre de Colón cansaría con su increíble celebridad á la fama? Hay quien cree que todo fué obra de la casualidad y que América estaba descubierta desde que descubrieron los portugueses el Cabo de Buena Esperanza. Pero no creo yo en esos cambios póstumos de la historia por un capricho, ni en esos genios putativos muertos en la obscuridad. Como hay quien ha escrito acerca del Cristianismo antes de Cristo, hay quien habla del Nuevo Mundo descubierto antes de Colón. Le condenaron á un combate demasiado fuerte y duro el sentido general del tiempo entonces corriente y las costumbres de aquellas generaciones circunstantes para que la historia no le consagre un larguísimo desagravio. No puede negarse que la obra de Colón fuera imposible sin las precedentes

invenciones contemporáneas, como quizás no hubiese Wath aplicado el vapor á la navegación, si antes no aplica Papín la presión del aire descubierta por Garrik y por Torricelli. No hay redentor sin cruz. La pasión y la muerte acompañan á las principales obras progresivas en el calvario altísimo de la historia. Una religión ha menester los mártires tanto como los reveladores. Colón ha tomado su estatura sobrehumana en los tiempos á él subsiguientes; en su tiempo tenía la estatura de los demás en suma. ¡Cuál filosofía está contenida en los dos refranes siguientes: «Oh, no hay hombre grande para su ayuda de cámara», y «Ningún mortal es profeta en su patria!» Pocos creadores han adivinado la trascendencia de sus creaciones. Lope de Vega ignoró que su gloria estaba, no en las obras acompasadas, que tenían el sello de la ciencia, puesto por su erudición y por las sujeciones serviles á las reglas; en las obras sugeridas por las necesidades del vulgo. ¡Dios mío: la cicuta está en el fondo de todos los cálices, donde va el genio á beber la inmortalidad! Á Copérnico lo hubieran quemado si publica el sistema suyo cuatro lustros antes de su muerte tardía, en vez de recibirlo impreso y acabado sobre la cama de su enfermedad última y en los anocheceres de su postrer agonía. Á Guttenberg le robaron su prensa, como á Colón el nombre de su América; mas hartos les quedó á uno y otro con la propiedad eterna de su gloria. Y necesitan el espíritu y el ánimo fortalecerse y animarse á estas reflexiones, para contemplar con paciencia y conformidad la calle de Amargura que recorre Colón desde que departiera con los Reyes hasta que zarpara de Palos. Veamos.

Inmediatamente que presentó Colón sus planes á Quintanilla y á Mendoza, cristalizáronse, al calor de dos pensamientos y dos afectos muy opuestos, sendos partidos contrarios. Todo ideal vívido genera una escuela, una secta, una compañía, una iglesia, una colectividad, según sus caracteres propios y sus fuerzas naturales. En cuanto cualquier idea innovadora estalla, organizanse á su derecha fuerzas que la impelen, como á su izquierda fuerzas

que la resisten. Y á los organismos, de tales fuerzas resultantes, llámaseles partidos cuando militan mucho y por principios concernientes á la gobernación del Estado se determinan; cual se les llama sectas cuando creen mucho y por ideas concernientes á la religión se determinan; cual se les llama escuelas cuando meditan mucho y por sistemas y enseñanzas concernientes á la filosofía y á la ciencia se determinan también. Si estudiáis estas grandes colectividades sociales, que al fin y al cabo resultan una personalidad superior, veréis cómo los átomos hanse agregado en ellas por operaciones de afinidades psicológicas, muy semejantes de suyo á las afinidades químicas. No se reúnen las gentes en partido tan sólo por afinidad y armonía en sus creencias; reúnen también por afinidad y armonía en sus temperamentos. Los místicos, los exaltados, los idealistas, los poetas y adivinos, aquellos en quienes predominan las intuiciones, constituyeron las escuelas metafísicas de Platón; como los prácticos, los expertos, los naturalistas, aquellos en quienes predomina sobre lo intuitivo lo reflexivo, y sobre lo ideal y metafísico el raciocinio y el experimento, constituyeron la escuela de Aristóteles. Rafael mostró dónde rayaba su fuerza de pictórica expresión poniendo, en el fresco titulado «Escuela de Atenas», al frente de todos sus filósofos á Platón y Aristóteles, personificado el uno en robusto jóven, cuyo índice, vuelto hacia abajo, señala con sumo acierto la tierra, y personificado el otro en sacerdotal anciano, cuyo índice, vuelto arriba, señala el cielo. Estudiad la historia del humano pensamiento, y veréis cómo aquellos espíritus en que predomina lo moral, forman el partido estoico de Roma; y aquellos espíritus en que predomina lo sensual, forman el partido epicúreo. Y esto que decimos de la filosofía, lo decimos de la religión; y esto que decimos de la religión, lo decimos de la ciencia. El pensamiento de Colón tocaba por su carácter astronómico y geográfico, en lo científico; por su carácter profético y casi revelador, en lo religioso; por su carácter práctico y útil, en lo económico y en lo político: de consiguiente, alrededor

de suyo debían sumarse, como alrededor de todo lo grande y trascendente, sectas, escuelas y partidos. Los filósofos y sabios al modo escolástico, petrificados en la vieja tradición tomista, debían chocar con todas estas innovaciones del profeta, que perturbaban el universo tal como ellos lo comprendían, á la manera que los viejos sacerdotes arrojan del templo al hereje que lo mancha con el vapor de sus ideas, y al profano que no comprende su inconmensurable grandeza; mientras que los platónicos, los ciceronianos, los artistas, los dados á las ciencias, á las artes aquellas novísimas, los verdaderos hijos del Renacimiento, que parecía una pascua natural y religiosa, debían estar por la renovación del espacio, tan armónica y congruente con la renovación del espíritu.

Y lo mismo pasaba en los demás órdenes de la natural actividad humana. El estadista intuitivo, innovador, inspirado, profético, debía estar por Colón; y contra Colón el estadista experto, consumado, calculador, positivista, pues nunca los hubo de tal índole, ni en tanto número, ni de tan preciado mérito en siglo alguno como en aquel siglo de Luis XI y de Fernando V, en cuyos días naciera Maquiavelo y su maquiavelismo. Necesitase comprender la naturaleza del humano espíritu y sus tendencias capitales, para explicar por qué unos contemporáneos de Colón se pusieron al lado de sus proyectos, y otros contemporáneos en contra. El escolasticismo y el Renacimiento luchaban, personificado uno en el obispo Hernando de Talavera y otro en el gran cardenal Mendoza. La política de intuición y la política de reflexión luchaban, personificada la una en Isabel I, y la otra en Fernando V. Hasta el modo y forma de comprender las viejas instituciones influía en el modo y forma de comprender á Colón; pues mientras un caballero feudal dado á las correrías terrestres, como Medinasidonia, lo comprendía, sí, pero lo comprendía poco, un caballero feudal dado á las expediciones marítimas, ó pagadísimo de ellas por sus abuelos, ó trabajando en proyectos sobre ellas, como Medinaceli,

¡oh! lo comprendía poco también, pero lo comprendía mucho más que Medinasidonia. Igual contraposición entre Hernando de Talavera y la Marquesa de Moya. Aquél representaba el viejo espíritu religioso, y representaba ésta el Renacimiento; aquél, metido en sus libros de teología y en sus argumentaciones silogísticas, tornaba sus ojos á lo pasado; y ésta, en comercio espiritual con los clásicos inmortales, y con los escritores florentinos, y con los poetas, volvíales al nuevo ideal; recogía Talavera el espíritu de los sepulcros y de los claustros, que despiden como un hálito de muerte, mientras la Marquesa recogía el espíritu de su tiempo, el cual exhalaba por aquella florescencia y primavera universal un soplo de resurrección; por todo lo que, ante problema como el viaje propuesto, debía por la invención y el inventor apasionarse la sabia señora que representaba el Renacimiento; mientras debía contra el inventor y la invención apasionarse, á su vez, el sabio y austero Prelado que representaba todas las viejas tradiciones, generadoras de irremediabiles y heredados escrúpulos. Pasa con el pensamiento de Colón en Geografía lo mismo que con el pensamiento de Sócrates en Metafísica; lo mismo que con el pensamiento de Cristo en Religión; lo mismo que con el pensamiento de Galileo en Física; lo mismo que con el pensamiento de Copérnico en Astronomía; lo mismo que con el pensamiento de Guttenberg en Industria; lo mismo que con todos los pensamientos reveladores: las altas montañas del espíritu; las eminencias donde se agarra el ideal progresivo; los sublimes picos al cielo cercanos, recibenlos y reverberanlos de suyo al amanecer, antes de que hayan podido levantarse arriba en las líneas del horizonte sensible; mientras lo bajo, lo profundo, los valles hondísimos, envueltos en las tinieblas y embargados por el sueño, apenas pueden, por ley natural, no ya presentirlo, ni siquiera verlo, cuando alborea y asoma. Las esperanzas, las adivinaciones, el presentimiento que profetiza, el albor de la idea nueva que raya en todas las auroras del tiempo, tan parecidas á las auroras del espacio, se agrupaban

de un lado, escribiendo ese libro de las inspiradas sibilas, que contiene los oráculos de lo porvenir y prepara el advenimiento de los futuros tiempos; mientras la superstición de lo pasado, con sus ojos convertidos atrás y su enemiga implacable á toda innovación y á todo progreso, los principios hieráticos de la casta sacerdotal, petrificada entre los ídolos, fríos como el granito, y la tradición, helada como las momias, iba levantando ese muro de resistencias invencibles y de tradiciones insuperables, que viene á mellar y destruir el impulso de las creadoras progresivas ideas.

---